

Capítulo III

El Curso de los Ríos

El tiempo ha pasado y Cónдор se encuentra viajando entre Lima y Arequipa. Su padre ha sido trasladado a la lejana selva y será enviado más lejos aún, donde no hay caminos, ni líneas férreas y sólo aviones pequeños y el rápido curso de los ríos pueden llevarlos ahí. Cónдор escucha que hay un gran conflicto, la Segunda Guerra Mundial, en un lejano continente. Él no puede imaginar las atrocidades cometidas en esos lugares, pero sabrá que esos conflictos son universales, y tal vez, aun galácticos. ¡Quién sabe, quizá la existencia humana, sea ya, una injusticia en sí misma!

De alguna manera y en el vago recuerdo de mis viajes a ciudades tranquilas, me encuentro en Yurimaguas, donde en esos tiempos sólo se podía llegar por avión. Esta ciudad es calurosa y húmeda y toda la acción cotidiana pasaba a orillas del río Huallaga, uno de los tributarios mayores del poderoso Amazonas: grandes troncos de árboles recién cortados flotaban en el río; enormes bloques de caucho negro, ovalados y de gran peso, eran acarreados por nativos malnutridos, y el hedor de comida en rápida descomposición, se extendía por todas partes.

Cóndor, hijo único, tiene ahora un compañero, su tío Braulio. Mi madre, que es su hermana, lo adoptó. Nuestra familia, formada por cuatro miembros, viajará río arriba por el Huallaga y el Marañón, para llegar finalmente a Iquitos, que es el punto central de la selva amazónica y es la capital del departamento de Loreto. Esta ciudad es muy diferente de los grandes centros de los Andes.

Desde el punto de vista regional, ésta es otra nación, más parecida a un pueblo brasileño con raíces portuguesas. Los habitantes amazónicos consideran a las personas andinas como seres diferentes y los llaman *shishacos*, que es el equivalente al norteamericano de las aisladas montañas de los Ozarks. La gente de la selva quizás sea diferente porque sus sufrimientos ancestrales son casi inexistentes y sus vidas, un misterio no tan visible. Tal vez el aire húmedo y tropical, sea un catalizador para ablandar sus almas, o quizá, el yugo y la opresión del viejo continente no llegaron a estas lejanías. El tiempo pasa sin prisa en la tranquila ciudad de Iquitos, aunque la conexión con la Segunda Guerra Mundial se percibe en todo el puerto de la ciudad, debido al tráfico transoceánico de materias primas como caucho, madera, quinina y otros productos para la matanza en los conflictos de Europa.

Parecería que el viaje al puerto de Iquitos no hubiera representado un gran esfuerzo, pero no fue así. Para comenzar, el sólo saber que uno tenía que ir a la amazonia, al principio de los años cuarenta, era prácticamente una sentencia tan indeseable como el ser enviado a la Siberia. La muerte amenaza en la selva, tan fácilmente como en las autopistas de Los Angeles. Este viaje —permanentemente riesgoso— era tal, que hasta Teddy Roosevelt, escribió que su aventurada excursión a la amazonia del Brasil, casi abatió su espíritu. Y eso que su permanencia fue sólo por un corto tiempo.

Por aquel entonces, mi padre era un oficial de bajo rango en el ejército, y por ello, sus medios eran modestos. Habían dudas, de que, si mi tío iría a la amazonia con nosotros o debía regresar a la tranquila

ciudad de Andahuaylillas. Separarme de él habría sido muy penoso para mí, puesto que yo estaba solo. Recuerdo el llanto y las discusiones en la miseria en Lima; donde vivíamos apretados en un pequeño cuarto, sin poder ocultar nuestras emociones. De algún modo —con la gracia de Dios— los cuatro estábamos yendo al antiguo aeropuerto para dejar la capital. La sensación de ser ésta la última vez en Lima, era muy real. No sabíamos cuándo o si volveríamos a retornar. El dinero era muy escaso y en aquellos días un viaje a la selva requería mucha preparación. Mi madre no conocía esa región o cómo cuidar de nosotros, en caso de que mi padre muriera o nos abandonara en esos lugares remotos. Llegamos a Yurimaguas, una ciudad pequeña, en plena jungla, donde estuvimos en un hotel con su propio arroyo de aguas corrientes y paredes de mosaicos moriscos de color azul, tan comunes en Brasil. También recuerdo, cómo trataba de acostumbrarme a la comida de la región, y de esos especiales sabores —que aún mantengo en la mente— y que son tan particulares de la comida selvática.

En esta ciudad debimos esperar por semanas y meses. Mi padre volaría solo a Iquitos y nosotros iríamos después por barco. El tiempo pasó sin que pudiéramos saber el momento del viaje. Eran como unas vacaciones, y el río, por sí mismo, una fuente de encantamiento y distracción. Debido al sofocante, cálido y húmedo clima, nuestra rutina se concentraba en comer, dormir y escuchar el poco común sonido de los aviones. Un día, justo cuando mi padre estaba listo para abordar un pequeño avión anfíbio de la Fuerza Aérea, el Ejército, afortunadamente, cambió sus planes por alguna razón, y le dijeron que debía tomar un barco y viajar por el río. Entonces, desempacó sus pocas pertenencias haciendo arreglos diferentes para que viajáramos con él. *Mi padre tenía gran ingenio. Si él hubiera podido controlar su abuso ocasional del alcohol —que creó problemas para su progreso y su familia— me parece que habría podido alcanzar un grado más alto.*

Ahora, nosotros teníamos que esperar, no por el avión, sino por la crecida del río con las lluvias, de modo que pudiéramos hacer el viaje por el Huallaga, afluente que se une con el Marañón, y llegar mediante éste a Iquitos por barco.

Este viaje, conforme lo veo ahora en el mapa, parece corto, pero en ese entonces, fue muy largo. El barco de vapor que escogimos era un típico navío del Amazonas, con doble cubierta y barcazas en los costados, para equilibrarse mejor y recibir más carga. Su nombre era el “San Cristóbal” una vieja reliquia que usaba madera como combustible. Abordamos en el acto. El regateo y pago de pasajes se hacían allí mismo y todo era tan comercial como podía serlo en cualquier empresa.

Esta fue otra nueva experiencia. Al principio, el olor era una mezcla de aceite, comida y caucho crudo. *Mis recuerdos están mayormente ligados a mi olfato.* El viaje, por sí mismo, podía aportar todas las intrigas y aventuras necesarias para escribir una novela.

La lancha estaba dividida en tres clases: La de primera, ubicada en la cubierta superior, costaba más, y ofrecía un camarote pequeño, oscuro, pobremente ventilado y maloliente, con cuatro literas, una encima de otra, para ser compartidas con gente que uno no conocía. En segunda clase, sobre la cubierta intermedia, habían postes y ganchos para colgar hamacas; y en la de tercera, en el nivel inferior donde llevaban la carga, la gente viajaba con el hedor de estos productos y las serpientes. Aún recuerdo, que ahí uno podía encontrar a los indígenas de diferentes tribus de la selva. En ese lugar vi, por primera vez, las caras de unos hombres tribales, perforadas con piezas de metal y madera; tenían pelo largo o extrañamente cortado y cuerpos pintados. Las madres mantenían a sus hijos apretados contra su pecho desnudo. Uno podía mirar hacia abajo y verlos sentados, casi inmóviles, por horas y días, escuchando la cacofonía del viejo y tartamudeante motor de vapor y el ruido de la corriente del río.

¡Oh, si pudiera describir este viaje! He estado en caprichosos cruceros de lujo, pero ninguno se igualará a ese primer viaje hacia el nacimiento del Amazonas. A pesar de que tenía sólo siete u ocho años, todavía lo recuerdo vívidamente.

Uno podía sentarse, mirar y sentir el río tan cerca como el largo de un brazo, contemplando su poder y misterio. No como cuando se viaja en un transatlántico. Las aguas turbias como el chocolate traían siempre grandes y pequeños troncos de árboles, jardines flotantes, algunas veces con animales colgando de ellos desesperadamente para sobrevivir. Ver las orillas era un festín para la imaginación. No habiendo estado nunca ahí, era —de alguna manera— algo formidable: con grandes, majestuosos y frondosos árboles, tan verdes, como nuestros ojos podrían tolerar. También era fascinante, ver y oír el ensordecedor ruido de los animales; los bellos pájaros que volaban por todas partes. *Me siento feliz de que en ese entonces no hubiera televisión u otros medios de comunicación.* Percibí la naturaleza virgen.

El viaje tomó mucho tiempo. El río, en algunos lugares, se deslizaba lentamente, debido a la falta de lluvias o la repentina formación de grandes masas de sedimento, lo que hacía que el barco se quedase varado en el fondo arenoso por varios días o a veces, por semanas. Entonces, la monotonía y el aburrimiento eran insoportables. Encima de todo esto, los mosquitos, el sofocante calor, el hambre y el sufrimiento de los otros —especialmente aquellos de la tercera cubierta— eran, por momentos, intolerables.

Para pasar el tiempo, cuando el barco estaba varado, bajábamos a las islas, súbitamente formadas por el río bajo, y recogíamos huevos de tortuga, a la que los nativos llamaban taricaya. Las pequeñas islas estaban cubiertas con fina arena pardusca, en la que se podían ver las huellas frescas de las tortugas y los lugares donde ellas los habían dejado. Nosotros asentábamos fuertemente los talones desnudos en los lugares en donde no había huellas de tortugas y oíamos el ruido seco de

éstos al quebrarse. Rápidamente, cavábamos y nos alegrábamos al encontrar abundantes huevos frescos que eran pequeños y redondos. Estos eran una delicia, escialmente cuando se comían con faríña, que es la mandioca pulverizada de harina de yuca.

Mi padre, que no tenía una educación formal, era bien leído. Siempre estaba con un libro o una revista en la mano. Aunque esos artículos eran muy escasos en la selva. En ese viaje, él leía *Quo vadis*. Yo nunca leí ese tan voluminoso libro, pero creo que debería hacerlo, sólo para saber qué pasaba por su mente en ese entonces.

Él se paraba en la proa y miraba siempre el río, mientras fumaba un “inca”, marca peruana de cigarrillos negros. Era un hombre joven, que probablemente pensaba en el futuro y quizás se arrepentía de su conducta, a veces no convencional. No era un oportunista social. *¡Pero hay escaladores sociales en el mundo! Entre más pobre el país, más es la necesidad de congraciarse para avanzar en grado o posición.*

Cuando el barco varaba después de días, y a veces semanas, comenzaba lentamente a flotar de nuevo, y salíamos de esas aguas poco profundas. Otras veces, teníamos que pasar días esperando en las orillas, mientras los hombres de las tribus cercanas, cortaban leña para los viejos motores de la nave. Peor aún, a veces, el barco disminuía la marcha o se detenía, porque bajaba la presión del vapor o surgía un problema mecánico que en ocasiones necesitaba reparaciones en medio del gran río, y teníamos que esperar a que llegaran los repuestos.

En esa inmensa soledad, el tiempo era interminable, y nos preguntábamos si algún día llegaríamos a nuestro destino.

Hubo momentos en que “sólo sobrevivir” parecía ser nuestro único objetivo.

En las abundantes y arboladas orillas había pequeñas villas, muy separadas, que sobrevivían en base al tráfico del río. Cuando la lancha paraba en esos lugares, siempre bajábamos a visitarlas. Aunque no había nada qué hacer o comprar en esos pequeños y precarios puestos de

avanzada, oíamos historias de desastres y muertes recientes, y embarcábamos —con frecuencia— gente enferma o herida. Allí nos abastecíamos de leña y provisiones.

Recuerdo que cuando teníamos sed recogíamos agua del río —no potable— al costado del barco, utilizando un viejo recipiente de hojalata atado a una cuerda, y la bebíamos ignorantes de las reglas básicas de salud pública, y por lo general, sin ningún efecto dañino inmediato; probablemente porque ya teníamos todos los parásitos y lombrices intestinales existentes en esas zonas.

Después de meses de soportar fuertes lluvias y los problemas del impredecible río, sufrir hambre y enfermedades y pasar por situaciones casi catastróficas; arribamos finalmente a Iquitos. Según recuerdo de lejos, era una ciudad grande y reluciente, con bellas casas y edificios. Desembarcamos en el malecón, que era un paseo para peatones y estaba adornado con viejas estatuas y rejas ornamentales. En el apogeo del caucho, años atrás, ésta había sido una ciudad en explosión económica, que pudo traer la elegancia de Europa.

Cuando se está en la selva, uno siempre piensa en interminables ríos y lagos prístinos. Los afluentes que vienen desde los Andes ecuatorianos, alimentan al río Marañón, que avanza cortando y cruzando los altos Andes del norte del Perú. Este Marañón caudaloso, se junta con el río Ucayali, que es mayor y ya ha recogido varios tributarios en la región más sureña de los Andes. Ellos se confunden en la ciudad de Nauta, lugar en que el Amazonas comienza “humildemente” y continúa hasta adquirir su poderoso esplendor en la ciudad de Iquitos, donde se hace más ancho. Las colosales y turbulentas aguas fluyen hacia el lado del amanecer, recibiendo grandes y caudalosos ríos en su ruta hacia Brasil, como el río Negro y otros, que hacen al Amazonas tan gigantesco como un océano, mientras atraviesa una extensión casi tan ancha como la de Estados Unidos. Nunca olvidaré ese enorme río de aguas turbias y rápidas y en mis indeseados momentos de tristeza, mis pensamientos van hacia tan grande y majestuosa maravilla natural.

Cuando Alexander von Humboldt viajó del Caribe a los Andes, en 1799, para explorar los orígenes del gran Orinoco, ya notó un cambio en el espíritu de los naturales. Los habitantes andinos eran más reservados, desconfiados y difíciles de llegar a ellos. Sin embargo, los nativos del Amazonas y las zonas costeras, eran más abiertos, alegres y fáciles de hacer amistades. En estos trópicos, uno se encuentra en otro mundo. El pasado yugo del indígena no existe en el espíritu de su gente. La vida es más festiva y el pensamiento filosófico, no es para ellos, una manera de vivir.

En Iquitos, Cándor trató de vivir como si no tuviera un pasado. Asistió a la escuela por corto tiempo y todos los días cuando iba al colegio, cruzaba la plaza y miraba un bello monumento con escenas forjadas en bronce, representando batallas realizadas en mares del Pacífico contra un país vecino del sur.

Aunque están en medio de la amazonia peruana, las gentes de Iquitos, se sienten muy distantes de la selva virgen y muchos no la conocen y nunca se han aventurado más allá de algunas millas fuera de la ciudad. Iquitos, en la década de los cuarenta, era una ciudad con movimiento comercial debido a la Segunda Guerra Mundial y por esto su gente estaba más conectada con Estados Unidos que con Lima o Cuzco.

Mientras escribo este libro, mi memoria olfativa me trae recuerdos de los cigarrillos Camel. Yo recogía del suelo las cajetillas vacías, platinadas y envueltas en papel celofán, que habían sido tiradas, y olía sus aromáticas esencias para disipar los pútridos olores del aire húmedo de la selva. Estas fueron mis primeras asociaciones con el gigante de Norteamérica; el país que algún día sería mi adoptivo "Uncle Sam". Allí descubriría la grandeza en el corazón de su gente, pero también vería la tristeza de espíritu de los primeros nativos norteamericanos vencidos y miembros de otros subyugados grupos raciales, que fueron llevados allí para trabajar al servicio de los prósperos nuevos americanos, de origen europeo.

En Iquitos comenzó mi encantamiento por ese lejano país, los Estados Unidos. En el cine pude ver las multicolores escenas que mostraban grandes aviones, con corajudos pilotos que caían al mar envueltos en llamas. Esas monstruosas escenas de batallas, presentadas en el celuloide, me permitieron vislumbrar la guerra librada en otro continente, en un mundo desconocido para mí. Yo sólo podía pensar que era demasiado diferente, aun para imaginarlo.

El Amazonas es ancho, profundo y rápido en Iquitos. Grandes barcos llegan a este importante puerto fluvial desde el Atlántico, vía Belém, en Brasil, que es la boca y entrada al Amazonas, navegando río arriba, pasando por Santarem, Manaus y Leticia.

Desafortunadamente, nuestra permanencia en Iquitos no duraría mucho. Mi padre estaba en problemas con sus superiores. Esta vez, iba a ser trasladado a puestos militares en la selva profunda, y finalmente a un lugar llamado Cahuide. Se trataba de una guarnición —una posta militar— en un paraje lejano y desolado, en área de frontera. Nuevamente se hicieron planes para viajar río arriba, a través de los peligrosos, tortuosos y pocos navegados ríos tributarios del Amazonas, donde encontraríamos el más terrible de los desfiladeros, el Pongo de Manseriche. Este accidente geográfico es un corte abismal de la cordillera, donde numerosas personas mueren debido a sus grandes remolinos y torrentosos rápidos, que corren estruendosamente a través de un túnel oscuro de enormes rocas graníticas. El furioso caudal es una ruta natural forzada a navegar debido al tiempo que toma viajar río arriba contra la corriente.

Mi padre fue enviado primero, a la guarnición de San Borja, por hidroavión. Una vez que él partió, nosotros teníamos que viajar por caudalosos ríos de acuerdo a nuestro propio ingenio. No habían agencias ni intermediarios que vendieran boletos o aconsejaran acerca de la navegación en estos peligrosos y desconocidos ríos. Uno tenía que ir personalmente, y estar listo para abordar un barco y encontrar su lugar,

lo más pronto posible ya que ese espacio sería el lugar en el que tendríamos que viajar durante las siguientes semanas o, quizás, meses.

Mi madre, mi tío y yo bajamos por el malecón hacia el barroso y ruidoso puerto, donde habían muchos viejos barcos fluviales que iban a diferentes lugares. Hablando a gritos, les preguntábamos a los descamisados capitanes hacia dónde se dirigían sus respectivas embarcaciones.

Algunas veces abordábamos una embarcación, colocábamos nuestras hamacas, y horas o días después, se nos decía que los planes de viaje habían cambiado y que deberíamos buscar otra nave.

Finalmente, conseguimos un atractivo y viejo barco, cuyo nombre no puedo recordar. Era un típico bote de doble cubierta de los muchos que habían. Estando a bordo, el ruido, el olor y el reunirse con gente nueva, era una fiesta. Todos ellos tenían historias que contar y sus razones para viajar. Nosotros escuchábamos sus problemas y comprendíamos que nuestra suerte era mejor.

Navegar por el Amazonas y sus tributarios, es casi siempre lo mismo. Los únicos cambios que establecen una diferencia, son los encuentros con grandes remolinos, las variaciones en la profundidad del agua, las corrientes y los troncos de árboles que podrían poner en peligro el viaje. El continuo sonido del viejo motor a vapor y el ruido de las corrientes del río —mientras surcábamos las aguas— permanecían en nuestras mentes, aun cuando estábamos dormidos. Llegamos a conocer a la gente tan íntimamente en ese encuentro flotante, que parecían ser parte de nuestra familia. Algunas veces, conocíamos de sus tristezas, sus miserias y sus penas; que llegaban a ser parte de nuestro viaje. Algunos pasajeros estaban enfermos y otros morían. Entonces, nos deteníamos en la orilla y enterrábamos a esos desafortunados.

Las vastas orillas verdes y el majestuoso río, eran la única fuente de entretenimiento para nuestros ojos; pero, cada día que pasaba, nuestra desesperación aumentaba, porque —de alguna manera— sabíamos que

estábamos solos en lugares perdidos y desconocidos de esa inhóspita selva. Los momentos más gratamente esperados eran los de la comida. Nos sentábamos todos juntos, en mesas de tablas de madera rústica, con nuestros propios platos y cubiertos. La comida era tan monótona como el curso del río. Normalmente comíamos pescado seco como el paiche (el pez más grande de agua dulce, que alcanza hasta doce pies de largo y un peso de cuatrocientas libras). También comíamos pescado fresco de las innumerables especies como súngaro, carachama y boquichico, que comprábamos ocasionalmente. Estas comidas típicas eran servidas con fariña, arroz y frijoles, que siempre tenían buen sabor, porque la monotonía creaba un apetito que distraía la mente de la insoportable rutina diaria.

A veces, nosotros mismos, hacíamos nuestra propia pesca, desde un costado del barco con un pequeño anzuelo y una cuerda corta, cogiendo peces pequeños como la piraña, que los cocineros freían para nosotros. Las únicas comidas que resisten a la putrefacción en la selva, son las que están saladas y secas, o ahumadas para su preservación. Nada fresco, en estos lugares, duraría siquiera unas horas.

Como la lancha no tenía refrigeradoras, el único recurso de comida fresca eran unas tortugas que llevaban a bordo. Los cocineros “hachaban” cuidadosamente la dura coraza del abdomen y sacaban a la tortuga viva de su caparazón y la colocaban en la olla de agua, donde yo podía ver su corazón, aún latiendo, hasta que la temperatura llegaba a un grado tan insoportable que este órgano dejaba de palpar. Las gentes de las tribus, en tercera clase, tenían que cocinar y alimentarse con lo que tuvieran. Recuerdo que juntábamos las sobras y las llevábamos a la cubierta inferior para dárselas a algunos de esos infortunados pasajeros.

Es increíble cómo llegué a acostumbrarme a viajar siguiendo los hábitos de los viajeros de estos ríos. Algunas veces —y eso en la selva quiere decir, frecuentemente— si no cada hora, caían lluvias torrencia-

les como si fueran cataratas, acompañadas por los más aterradores truenos y rayos. *Yo nunca he visto un clima tan furioso en otros países.* El río crecía y subía debajo de nosotros y la lluvia era tan gruesa que no podíamos ver a las personas en nuestro alrededor, ni escuchar a los que nos hablaban. Ese diluvio era algo como llegar al corazón de la naturaleza, que nosotros aprendimos a “respetarla” y a ser humildes ante los caprichos de la Madre Tierra.

Las catástrofes estaban siempre en la mente de los pasajeros y la tripulación. El piloto, cuando afrontaba obstáculos imprevistos, expresaba temor en su rostro. Era como si uno pudiera leer los inminentes momentos de desastre en sus agitados movimientos, cuando en forma frenética, y rápida giraba la rueda del timón. Debido a las poderosas corrientes contrarias del río, a veces no se notaba que el barco avanzaba.

Cuando el fuerte aguacero finalmente cesaba, los guacamayos y los loros, volaban por todas partes como demostrando al mundo que el día era tranquilo otra vez, y no había motivo para asustarse.

Este fue el romance de ese barco navegando por los tributarios del Amazonas. Conforme los años pasan, ahora puedo recordar todas estas peripecias, con la mente de mi juventud y eso alegra mi alma.

Transcurrieron días y semanas, y posiblemente meses. Después de pasar por varios puertos, arribamos a Barranca, donde nos reunimos con mi padre. Esta guarnición era un cuartel grande y mi padre estaba destacado ahí temporalmente, aguardando asignaciones de un puesto final, y de seguro un viaje más distante y peligroso. Barranca era un lugar civilizado donde llegaban barcos grandes sin mayores problemas. De allí, mi padre fue enviado a Borja, una guarnición más pequeña y más adentro de la selva, con poco tráfico fluvial y menos gente. En ambos lugares, mi padre era un oficial subalterno. Finalmente fue enviado a Pinglo, un reducido puesto militar con pocos soldados y en lo más recóndito de la selva peruana donde él sirvió como jefe de guarni-

ción. Para llegar a Pinglo, fuimos por trocha —senderos en la selva— porque no podíamos navegar el Pongo de Manseriche, corriente arriba. Sólo se podía navegar de bajada. Entonces, tuvimos que caminar por la empinada selva virgen, teniendo a la vista, por un lado, las altas montañas verdes, y por el otro lado, los distantes picos nevados de la Cordillera de los Andes. *Un panorama increíble e inolvidable.*

Este fue un viaje memorable. Yo había visto tantas películas de Tarzán en Iquitos, que mi concepción de la selva se parecía más a la de Hollywood que a la real jungla en la cual estaba viviendo. Los preparativos para este viaje, tomaron días y se nos asignaron guías y soldados, para que nos protegieran. Era como una expedición de safari al Congo, en el África. La misión de mi padre también incluía transportar mensajes y suministros a Pinglo. Yo me preparé como para una verdadera expedición, incluyendo mi casco y un cuchillo, que había afilado pensando que podía encontrar a los feroces tigres de Johnny Weismuller.

Empezamos nuestra caminata muy temprano en la mañana, entrando a un estrecho sendero de espesa selva virgen, que tenía que ser despejada a corte de machetes. La quietud era imponente, perturbada sólo por el ocasional sonido de la espesura vegetal, al paso de los animales.

Los árboles eran enormes y húmedos y estaban tan entrelazados creando una oscuridad en medio de un pleno sol. Había agua por todas partes, pequeños ríos con bellos peces, y si nos deteníamos lo suficiente, veíamos más animales acuáticos, como nutrias, tortugas y serpientes, siguiendo el camino tranquilamente a su destino. A veces, encontrábamos profundos cañones, que teníamos que cruzar por troncos caídos y podridos que nos servían de puentes. Por temor a caernos, o no poder mantener nuestro equilibrio, nos arrastrábamos como lagartijas, agarrados fuertemente al tronco. Así, llegábamos al otro lado donde los guías daban un suspiro de gracias.

Nos cansábamos fácilmente debido al calor y el peso de nuestros bultos o mochilas que resultaban incómodos. Era necesario detenerse con frecuencia, generalmente manteniéndonos en pie. No nos atrevíamos a sentarnos en ninguna parte, porque no había un lugar conveniente para descansar. El suelo estaba húmedo y lleno de hojas, infestado con tarántulas, serpientes y grandes hormigas. La mayor parte del viaje uno se la pasaba imaginando los peligros y preocupándose que lo peor podría suceder. Por alguna razón, el viaje estaba más en nuestras mentes que en nuestros pies, debido a las horribles historias de las personas que viajaban por la selva. Tarde, en la noche, llegamos a la guarnición, intactos y contentos de que nada lamentable había pasado.

Este fuerte militar en medio de la selva, aparece en la vida de mis recuerdos, como un lugar apacible. No había nada más ahí que la gran selva verde, el río, la lluvia y la estabilidad de las emociones humanas. Los incas y los Andes estaban tan lejos, que no eran mencionados en esta zona. Este lugar —llamado Teniente Pinglo, porque este militar, que posiblemente lo descubrió, murió allí— era un paraíso natural. Aunque la muerte estaba siempre en el horizonte, Pinglo era un agradable lugar para vivir, siempre que uno estuviera y se mantuviera en buena salud. La guarnición tenía tres o cuatro construcciones de madera y palmas: una barraca grande para los soldados, un almacén, una estructura pequeña para el alojamiento del oficial de mando y una cocina general para todos. La estructura artificial más avanzada era la caseta para el telégrafo, en la cual un soldado recibía o transmitía mensajes en código Morse.

Nuestra vivienda estaba construida como son las típicas casas de la selva, sobre altos troncos de madera como cimiento o base, debido a las frecuentes y sorpresivas subidas del río. Probablemente sea la casa más atractiva en que yo he vivido. Tenía ventanas abiertas, sin vidrios, que permitían el paso de la tibia brisa, siempre bien venida en este debilitante y perpetuo calor.

Todos los dormitorios tenían mosquiteros de gasa, cubriendo como carpa sobre las camas para mantener fuera los murciélagos, mosquitos e innumerables insectos. Recuerdo —como cuando uno se levanta en la mañana y hace cosas que le agradan— que acostumbraba agarrar a los murciélagos que habían logrado introducirse en mi mosquitero y estaban llenos de sangre que habían chupado de mis piernas durante la noche. Les estiraba las alas y miraba sus misteriosas uñas y caras ¡Qué tal juguete! Cuando terminaba de jugar con ellos, los dejaba volar y veía cómo se colgaban del techo con sus pequeñas garras y la cabeza abajo para dormir. ¡Así era la selva! Nadie daña a estos animales, a pesar de que son una plaga. Son demasiado numerosos y matar unos cuantos no los erradicaría. En este lugar teníamos muchos animales que eran nuestra compañía, entre ellos: tres guacamayos, añujes, monos, un tigrillo y una jauría de perros cazadores. Cuando cenábamos, los perros estaban alrededor de nosotros porque ellos habían cazado todo lo que comíamos. Un perro de raza cruzada, llamado Bobby, viene a mi memoria. Era grande, fuerte y el líder, porque podía seguir la pista de cualquier animal y pelear hasta matarlo. Un día mi padre y sus soldados fueron a una cacería —llamada mitaya por los tribeños— y contaban cómo Bobby peleó con un oso hormiguero, que incrustó sus poderosas garras en su lomo. ¡Pobre Bobby! Volvió al fuerte sangrando, y a pesar de que todos lo cuidamos, murió unos días después. *Cuando se vive en la selva, la muerte de un perro es muy sentida, porque esos animales son parte de nuestra supervivencia y protegen a sus amos hasta el fin de su existencia.*

La vista de nuestra casa era panorámica. Podíamos mirar el río todo el tiempo, siempre cambiando en velocidad, anchura y nivel. ¡Cómo me gustaban esas mañanas desayunando carne enlatada con yinguire frito (grandes bananas saladas), seguidas con jugo de naranjas frescas y dulces, recogidas justo frente a la ventana del comedor! En este fuerte no había escuelas, pero sí niños, los hijos e hijas de los tribe-

ños como los aguarunas y huambisas que llegaban para visitar y comerciar y eran nuestros amigos y vecinos. Mi padre, viendo que no habían escuelas, formó una. Ordenó a un sargento que podía leer y escribir, que fuera nuestro maestro. Sus instrucciones fueron que teníamos que aprender todo lo que él enseñase, aunque la letra “entrase con sangre”. Nuestro salón de clase era una cabaña construida con madera de pona, hojas de palma por techo, y ventanas típicas, que eran, básicamente, largas aberturas en las paredes de madera, que permitían la entrada de la luz y el viento. No habían vidrios o malla fina para protegernos de los mosquitos. Los niños de las tribus eran muy juguetones. Sus cabellos estaban meticulosamente cortados, como si se hubiera puesto un “mate” sobre cada cabeza, siguiendo sus bordes. Me parece que esos niños eran más inteligentes que mi tío y yo, o tenían mayores ansias de aprender, porque el sargento nos castigaba continuamente, restregando sus manos sobre nuestras orejas, a veces hasta el punto de hacerlas sangrar, pero no hacía lo mismo con nuestros compañeros selváticos.

Recibíamos clases sólo en la mañana, alrededor de dos horas, debido al clima caluroso o quizás, porque el sargento se cansaba de castigarnos o no tenía más que enseñar. Libros, papel o lápices eran escasos y apenas los teníamos. Al mediodía, quedábamos libres para correr por el campamento, ir al río, o mejor todavía dirigirnos al riachuelo de aguas transparentes en el espeso y cercano monte —selva adentro— donde nadábamos y buscábamos grandes camarones.

El riachuelo era una naturaleza increíble llena de sorpresas. Uno podía ver alrededor, cuán profunda e impenetrable era la selva e imaginar cómo lo sería más adentro. El continuo canto de las aves y los gritos de otros animales, eran a ratos, tenebrosos y espeluznantes. La mayor amenaza eran las serpientes, que algunas veces, nadaban sorpresiva y desapercibidamente hacia donde estábamos.

A menudo, veíamos ciervos y otros animales grandes llegar al riachuelo para beber. Es asombroso recordar ahora, que quizás estuvimos

en el fin del mundo, y sin embargo, teníamos nuestro propio cocinero —una especie de mayordomo ordenanza— y toda la ayuda que necesitábamos, porque los soldados hacían algunas tareas domésticas.

Una vez durante mi primer viaje a la selva de Puerto Maldonado, al día siguiente de nuestro arribo, se le dijo al ordenanza que recogiera un poco de fruta. Fue al monte, que estaba muy cercano y regresó con un saco lleno de frutas diferentes, que ni siquiera sabíamos cómo comerlas. Era la primera vez que vi una papaya y chupábamos erróneamente las pepas, creyendo que ésa era la parte comestible. *Para nuestro asombro eran amargas.*

Pasó más de un año, y mi padre fue trasladado a la guarnición de Cahuide, para reemplazar a un teniente que había fallecido. Este fuerte era el más lejano en la parte alta del río Santiago, en la frontera con el Ecuador, y también el más pavoroso lugar a donde un militar podía ser enviado. Se cuenta que este oficial, joven y soltero, se había emborrachado y tomó, solo, una canoa para ir río abajo, al siguiente poblado, que era más habitado, y donde, posiblemente, habían mujeres. Nunca retornó a su puesto. Dos semanas después, encontraron una de sus botas, con un hueso y algo de sus músculos, aún dentro del calzado. Me imagino que las pirañas lo devoraron. Tiempo después, los soldados contaban historias de cómo el joven comandante de la distante y aislada guarnición había sido un tirano, acostumbraba castigar severamente a sus subordinados, por lo que era odiado por todos ellos. Se suponía que podía haber sido asesinado. Esa no era una historia poco común. Aunque mi padre se llevaba bien con su tropa, en esos lugares remotos él era precavido con los soldados cuyos antecedentes y sus motivos no eran conocidos; especialmente, porque estábamos muy cerca a otro país con el cual habíamos tenido una guerra. Ese era el destino que corrían algunos militares que habían sido enviados a los profundos infiernos de la selva peruana.

Este viaje era el más peligroso de todos. Más arriba, el río era rápido y tenía menos profundidad. Además, había grandes remolinos, que podían tragarse un barco. Debido a las fuertes corrientes, las canoas debían ser grandes e impulsadas por un motor fuera de borda.

Este viaje a Cahuide estará siempre en mi mente y mi corazón, porque moldeó mi alma hacia la filosofía de la insignificancia de la vida y la etérea existencia que llevamos en esta tierra. *Esto aquí era una realidad, en una naturaleza desnuda, donde el hombre era tan sólo un intruso.*

La navegación aguas arriba por el río Santiago hacia la guarnición de Cahuide duró una eternidad, y es donde mis recuerdos de la selva se hacen más vívidos e inolvidables. Más tarde, llegué a leer sobre la exploración de Alexander von Humboldt al Orinoco, que le tardó cerca de cinco años y, probablemente, cubrió menos distancia que nosotros. Como mencioné anteriormente, Teddy Roosevelt, también pasó tiempo viajando por los rápidos de la selva brasileña y encontró numerosos desastres naturales y enfermedades, donde se llegó a dar cuenta que estaba al final de su juventud y no podía dominar la selva, tal como lo había hecho con otras partes del mundo en sus años de presidente del poderoso país del norte.

Los preparativos para el viaje fueron arduos y prolongados.

Para ir a Cahuide, en ese entonces, uno tenía que decir “adiós” al mundo. Las posibilidades de regresar eran escasas, y más aún, no se acostumbraba llevar a la familia a lugares como ése; pero la lealtad de mi madre hacia mi padre era tanta, que lo siguió, llevando consigo a mí y a mi tío. Mi padre hizo que tuviéramos un viaje cómodo y lo más seguro posible. Él se adaptaba a cualquier situación y se había convertido —casi del todo— en un hombre de la selva. Escogió los mejores remeros entre los soldados y contrató un guía de las tribus. Estos guías eran necesarios porque conocían esos ríos como las palmas de sus manos, y usualmente, trabajaban a cambio de recibir machetes, rifles y

ropa. Para atender el motor fuera de borda de la canoa, que frecuentemente se descomponía, necesitábamos una persona con experiencia en mecánica. Para esto, contábamos con el —memorable— teniente Guillén, un viejo oficial que, también debía ir a Cahuide, para reparar un refrigerador, inspeccionar el telégrafo y componer otros artefactos, incluyendo rifles. Llevábamos todas las provisiones con nosotros: pescado seco, fariña, carne enlatada, con etiquetas americanas, sal y otras conservas.

En un lluvioso y tormentoso día, ya olvidado por el tiempo, nos despedimos de la guarnición de Pinglo, de los soldados, de los niños de las tribus, y principalmente, de los animales que habían sido nuestras mascotas. “Pantaleón”, el guacamayo, fue el más difícil de abandonar para mi tío. Los perros corrían ladrando de arriba a abajo por la ribera, como si presintieran que este era un “adiós” para siempre. *El joven Cóndor estaba acostumbrado a la tristeza y el vacío de las despedidas, dejando lugares, personas y animales a los que les había tomado cariño. Esto, eventualmente, le causaría un estado permanente de melancolía, que acompañaría su bello vuelo por este mundo.*

El río era tibio, oscuro como el barro y lucía amenazadoramente peligroso. Parecía un ataúd líquido que podía enviarnos al otro mundo en cualquier momento. La canoa en la que viajábamos, tenía entre quince y veinte pies de largo. La madera era oscura y la embarcación había sido hecha cavando el tronco de un árbol verde y gigante. No habían piezas ni juntas, y las marcas del hacha eran visibles desde el momento en que se abrió el corazón de este majestuoso, enorme y viejo árbol, que fácilmente podía convertirse en nuestra última morada.

En la mitad de la canoa, había una sombrera hecha de ramas y hojas de palma, que serviría para protegernos de los elementos. Esta era el área doméstica, que sería nuestra casa en los días venideros. Todos tuvimos que tomar posiciones. El teniente Guillén iba en la popa,

a cargo del motor y el timón, atrás de la canoa. Un segundo hombre estaba ubicado en la proa y operaba al frente de la embarcación, con un palo largo o “tangana” con el que medía frecuentemente la profundidad del agua y nos protegía de los objetos que flotaban en el río. Él usaría un remo especial para maniobrar en casos necesarios, como la súbita presencia de un remolino; y su tangana, si un tronco repentinamente aparecía, avisándonos a gritos al mismo tiempo. Este tanganero tenía gran experiencia, y debía ser rápido y muy observador todo el tiempo, porque nuestras vidas dependían de su habilidad. Los tanganeros eran, generalmente, hombres de las tribus que conocían muy bien las aguas de los ríos. Ellos eran los especialistas, llamados guías, y nosotros sabíamos que nuestra seguridad estaba en sus manos. También teníamos dos soldados, uno a cada lado, para remar cuando fuera necesario; algunas veces, por ahorrar gasolina, otras, para obtener más poder cuando nos atracábamos, o las corrientes eran demasiado fuertes para el motor. *Todos teníamos que remar, incluso nosotros que no éramos de la tripulación, pero servíamos para ayudar en malos ratos, y esto era frecuente.*

El viaje era monótono, triste y largo. Pasábamos el tiempo pensando en la incertidumbre de la vida, nuestra inmensa soledad y lo efímero de nuestra existencia. Siempre atentos, esperando el momento fatal, avanzábamos, ya sea remando, ya sea a puro motor, o usando ambos medios, manteniéndonos siempre cerca de la orilla. Desde nuestra canoa, que se deslizaba despacio, lenta y precariamente, veíamos la selva que era muy tupida y parecía un manto de espesura verdísima, sobre el que uno no podría atravesar siquiera un dedo, y el ruido de los numerosos insectos y pájaros, era tan persistente e interminable como si un millón de grillos estuvieran en un mismo lugar.

Pasaban los días y el tiempo cambiaba continuamente. A ratos, todo estaba indescriptiblemente claro, con un cielo azul y un caluroso sol brillante; las aguas corrían tranquilas y la humedad era insoporta-

ble. Después, sorpresivamente, llegaban las tormentas y las aguas se embravecían de una manera que nunca había visto, *a pesar de haber navegado en ríos de otros continentes, muchos años después.*

El agua caía como arrojada por gigantes baldes, aumentando el caudal del río y convirtiendo las aguas bajas y tranquilas en verdaderos torrentes. Las orillas eran erosionadas por los rápidos y la creciente marea arrasaba la tierra y arrancaba en su camino, los árboles desde sus raíces.

Las furias de las tormentas nos dejaban empapados, asustados y hambrientos. Los truenos retumbaban y los rayos relampagueaban tan cerca de nosotros, que parecía que veríamos el fin del mundo en cualquier momento.

Por momentos, los rayos prendían fuegos en la selva lejana y nosotros nos alegrábamos, pensando que eran las fogatas de una aldea, y que quizás, había gente ahí.

En la tarde, buscamos un lugar donde acampar. Esto era lo más difícil de encontrar, porque no había una sola área de la orilla que fuera plana, desprovista de vegetación o que ofreciera seguridad, y si hubiéramos podido encontrarla, siempre estaría llena de serpientes, insectos y otros animales, como el jaguar, buscando su presa. Usualmente, el mejor lugar para descansar era una playa arenosa en medio del río, cuando las aguas bajarán, pero en este tramo rara vez se encontraba un lugar como ése.

Entre todas las veces que he creído estar cerca de la muerte, hay un episodio que nunca olvidaré. Este fue tan místico y etéreo que desde aquel entonces —probablemente— he tenido la vida prestada.

Todo sucedió en una tarde de copiosa lluvia. Estábamos exhaustos por los días de viaje, la disentería, la falta de comida y el poco movimiento en esa angosta canoa. Nos sentíamos hipnotizados por los ruidos monótonos de la selva, el rugir del río, las lluvias y el sonido incesante del motor. Yo estaba durmiendo, con mi cabeza sobre la fal-

da de mi madre, cuando de pronto, ella estalló en alarmante grito y exclamó: ¡Dios mío! Mi padre se paró alarmado y gritó: ¡Mira!, ¡miraj Yo desperté bruscamente y vi al guía indio —el tanganero— en la proa, con su oscuro y sudoroso cuerpo casi desnudo, haciendo movimientos inútiles y torpes con su remo, con el rostro lleno de pánico. El timonel, teniente Guillén, se levantó apresuradamente y empujó la palanca del motor hacia la derecha, casi hasta el punto de romperla, mirando tembloroso, con los ojos llenos de terror, aquello que estaba al lado de nosotros. ¡Ahí estaba!, Justo pasando por nosotros, con nuestra canoa al borde. La proa de la embarcación había estado enfilada hacia las profundidades de un enorme y negro agujero de aguas turbias. Era el remolino más grande que podía uno imaginarse. Parecía un tornado de Texas, formado por agua, tan profundo como una enorme caverna, silbando tan fuerte —y girando a tal velocidad— que acallaba el sonido del motor. Era tan ancho, que el lado opuesto del embudo parecía como una orilla. A medida que pasaba rápido y arrogante, nosotros podíamos ver nuestra canoa y nuestros cuerpos siendo arrastrados y succionados a sus profundidades y yo sabía que ya estaba muerto. *¡A veces, uno ve que la vida se le escapa y no hay nada que se pueda hacer!* Repentinamente, todos quedamos congelados, mientras el río arrastraba nuestra canoa corriente abajo. Estábamos petrificados y todo se paralizó; mayormente porque ¡habíamos logrado superar lo imposible! ¡Estábamos vivos! Creo que todos lloramos en silencio. Tímidamente, surcamos hacia la orilla y permanecimos ahí por varios días. El temor al río vivía en todos nosotros. Después, el viaje fue más lento y cuidadoso y el tiempo no tenía importancia. A partir de ese percance, creo que a nadie le importaba si llegaríamos a nuestro destino.

Recuerdo otro episodio en este peligroso viaje, que casi también nos trajo cerca a la muerte. Paramos para pasar la noche en una casa abandonada, ubicada —quién sabe dónde— en el medio de un monte desconocido. Estaba lloviendo, y por fin, íbamos a dormir en una casa;

pero los murciélagos habían hecho de ese lugar su mansión y los árboles con sus ramas se habían apoderado de todos los rincones. La casa era más una amenaza para la vida, que un lugar donde sentirse seguro; ¡pero era casa! y nosotros decidimos permanecer ahí. Después de mucho tiempo de estar en espacios reducidos en la canoa, ahora podríamos colgar nuestras hamacas, tendernos en ellas y estirarnos. Nuestras provisiones estaban casi acabadas, pero aún teníamos algunas latas vacías de carne, que habíamos guardado para intercambiarlas con las diferentes tribus.

Como había todavía algunos restos de carne en los bordes internos de las latas, decidimos hervirlas todas juntas para conseguir algún sabor, o grasa de esos grisáceos recipientes. Le dimos el nombre de “sopa de latas”. El delgado, aceitoso y amarillento líquido, realmente tenía buen sabor, particularmente en ese día tan lluvioso, y lo consumimos. Después, fuimos a buscar fruta y encontramos una muy rara, parecida a la guayaba, que tanto yo como los otros nunca habíamos comido. Se llamaba taperibá. La pepa era espinosa, pero su pulpa era dulce y jugosa, así que nos hartamos de ella.

Al anochecer, el teniente Guillén encendió su confortable lámpara “Coleman” a gasolina, y pudimos ver que el lugar estaba lleno de mosquitos y murciélagos. La abierta entrada de la casa, tenía postes de los que colgamos nuestras hamacas, y valerosamente nos acostamos en ellas. El teniente Guillén tenía un bastón con el que movía su hamaca continuamente, aun estando profundamente dormido, para espantar a los mosquitos y crear algo de brisa. Todos sabíamos de los peligros de la noche. Nos preocupaban los indígenas de las tribus y nos preguntábamos qué habría pasado con la gente que había vivido en esta casa, y por qué la habían abandonado.

Alrededor de la medianoche, escuché a uno de los soldados que corría apurado hacia la orilla y volvía gimiendo. Seguidamente, el teniente Guillén corrió hacia el río. Luego, mi padre, mi madre, mi tío y

yo. Todos teníamos disentería y nunca olvidaré lo mal que nos sentíamos. Hasta el guía también estaba enfermo, a pesar de ser un tribal muy robusto, que estaba casi inmune a esos problemas. Permanecimos en la casa cerca de una semana, adoloridos, postrados y afiebrados, yendo a la orilla, casi tan pronto como habíamos regresado a nuestras hamacas.

No había comida ni ganas de comer. Sólo podíamos beber mates de yerba luisa (una infusión hecha con las hojas de una hierba con sabor a menta), que las tribus usaban para tratar trastornos estomacales. Mientras yacíamos débiles, indefensos y sin ayuda, la lluvia torrencial nos azotaba despiadadamente. Estábamos en un estado de delirio —*sintiéndonos ya, uno con la naturaleza*— disfrutando, sólo por momentos, la quietud de la ausencia de la lluvia y los truenos.

Siendo ahora un médico, puedo conjeturar sobre lo que habría sido la causa de nuestra enfermedad: los restos putrefactos de carne en las latas que contenían algo más que simples amebas u otros parásitos. Esa infección que nos atacó, fue, muy seguro, debido a una bacteria mucho más tóxica. En cualquier caso, sobrevivimos —por segunda vez— en este viaje. Pero esa infección pudo habernos causado una muerte muy lenta y dolorosa. Si hubiéramos sido succionados por el remolino, habríamos tenido un fin más rápido, pero más piadoso.

En fin, no podíamos escoger, pero de algún modo, logramos sobrevivir. De nuevo estábamos remontando río arriba en el Santiago y avanzábamos a lugares más lejanos, donde las tribus eran más visibles y estaban siempre presentes. Gentes amigables: aguarunas, huambisas y ocasionalmente, jíbaros, conocidos por reducir las cabezas humanas, quienes vivían en la selva más profunda. Era siempre agradable llegar a sus aldeas por el río. Sus poblados eran oasis en la densa selva, parches de suelo rojo y arenoso, limpio de malezas, con cabañas construidas en círculo. Mujeres, hombres y niños de toda edad, casi desnudos, hacían sus tareas domésticas con calma y eran siempre muy curiosos.

Ahí podíamos comer hasta saciarnos y con mucha satisfacción. Había mucho pescado seco y yuca, y podíamos también conseguir carne de mono, tortuga, culebra, paujil (un pájaro grande y negro con cresta roja), sajino (un cerdo salvaje) y sachavaca, animal parecido a la vaca. Permanecimos ahí por un día o dos y casi llegamos a ser parte de la tribu; mientras nuestros cuerpos y espíritus eran renovados nuevamente.

Las mujeres y los niños mascaban yuca y la escupían dentro de un recipiente parecido a una canoa. Esa masa —similar a una pasta— se fermentaba debido a las propiedades químicas de la saliva y se convertía en una fuerte bebida alcohólica llamada **masato**. Esta blanquecina preparación era siempre ofrecida en todas las aldeas de las tribus, como un gesto de bienvenida, y nunca podía ser rechazada. Pienso que ese fue mi primer contacto con el alcohol y recuerdo su sabor dulce y espeso como un batido de helado y leche. Creo que nadie se preocupaba por la saliva, porque la yuca era mascada sólo por mujeres jóvenes y niños.

En esas aldeas negociábamos con las tribus algunas baratijas e intercambiábamos información valiosa sobre las condiciones del río, las tribus hostiles y los peligros del viaje río arriba. También conseguíamos buenas provisiones de paiche ahumado y otros peces, además de carne, yuca y comida seca, como la faraña. Viajábamos más y más, día tras día, con tormentosas y torrenciales lluvias, a través de rápidas corrientes. Nos deteníamos con frecuencia en las aldeas de las tribus y descansábamos más a menudo. Conforme el río Santiago, se alejaba del Marañón, el río se volvía más claro y apacible en algunos tramos. Finalmente, estábamos cerca de la guarnición de Cahuide, lugar donde viviríamos por cuatro años, sin tener noticias del mundo exterior.

En un día claro, conforme nos acercábamos a este retirado puesto militar fronterizo con el Ecuador, desde la distancia, íbamos viendo una alta y circular estructura, hecha de madera balsa y pona (madera

fuerte de color gris oscuro). Ésta era la réplica de un torreón de observación de la fortaleza inca de Sacsayhuamán, en el Cuzco, donde el último guerrero inca, Cahuide, luchó bravamente contra los españoles en 1536. Al tope de la torre de madera, que miraba al norte, hacia Ecuador, estaba la estatua de Cahuide, trabajada en madera balsa, presentándolo con todos sus atavíos (sus plumas y su brillante capa roja), y esgrimiendo amenazadoramente una macana (arma hecha con un mango de madera y una rodela de piedra en su extremo).

“De acuerdo a las crónicas de 1532, Pizarro conquistó el norte del Perú, pero encontró resistencia en el sur del país, en Cuzco, donde los Incas estaban tratando de recuperar su imperio en 1536. El conquistador tenía tres hermanos, quienes lo ayudaron en la conquista. El adversario inca más valeroso para ellos fue Cahuide.

Después de ejecutar al Inca Atahualpa, Pizarro lo reemplazó con un Inca títere llamado Manco. De ese modo, los españoles podrían continuar la conquista con el apoyo de un soberano de ese imperio. Sin embargo, el nuevo gobernante aceptó el nombramiento con la idea premeditada de crear una sublevación y recuperar su imperio. Fue así que éste, comenzó a organizar al ejército inca, mientras los españoles se dedicaban a explotar sus nuevos territorios. Sin embargo, algunos de los propios hombres de Manco Inca, que eran leales a los españoles contaron sus planes a Juan Pizarro, quien lo apresó con promesas de traer más oro, Manco Inca convenció a Hernando Pizarro, de que lo liberara. El Inca empezó a reunir sus tropas nuevamente, mientras simulaba conseguir mayores tesoros. Juan Pizarro fue a recapturarlo, pero en ese momento, Manco tenía ya miles de guerreros y se enfrentaron en una batalla. Los españoles apenas pudieron resistir, y sin alternativa, Juan, Gonzalo y Hernando Pizarro se encontraron sitiados dentro del Cuzco, con menos de doscientos españoles, pero muchas tropas incas leales a ellos. Arriba de la ciudad, estaba emplazada la famosa fortaleza de Sacsayhuaman, cuya grandiosa estructura aún puede ser admirada. Hacia el Cuzco, la fortaleza tenía una pared de mil doscientos

pies de largo. Atrás, la edificación tenía dos terrazas, construidas en forma escalonada y del mismo largo. Todos estos muros fueron hechos con piedras de gran tamaño y tonelaje.

Esta fortificación al principio, estaba dominada por los incas, y esto les daba gran ventaja sobre la circundada ciudad. La única forma en que los españoles podrían salir, consistía en apoderarse de ese privilegiado lugar. Esa sería su última esperanza o morirían de hambre. En un desesperado esfuerzo, enviaron a Gonzalo para tomar esta fortaleza. La lucha fue furiosa y muchos soldados murieron. Debido a una severa hambruna dentro de la sitiada ciudad, tuvo que hacerse un segundo intento para tomarla, acción que estaría dirigida por Juan Pizarro, quien era conocido entre los españoles como un buen guerrero.

A la caída del sol, Juan y sus hombres asaltaron Sacsayhuaman. La entrada estaba cerrada por dos grandes piedras, que los invasores removieron aunque con gran dificultad. Una vez adentro, se encontraron entre dos altas paredes. En ese momento, cientos de guerreros incas, casi los capturan. Juan mantuvo la mitad de sus hombres continuando la lucha, e ingresando a la segunda terraza. Casi perdida la batalla, los incas tuvieron que refugiarse en las torres. Los españoles debían tomar esas dos últimas posiciones. Juan Pizarro atacó la primera y fue herido en la mandíbula. Incapacitado para usar su casco de hierro, un guerrero inca le destrozó el cráneo con un certero tiro de honda. Mientras yacía moribundo, Juan arengaba a sus hombres a mantenerse en la lucha; pero este héroe murió allí. Al final, los incas mantuvieron el control de la batalla.

Hernando hizo otro intento de tomar las torres. Entre los defensores de la segunda torre, se hallaba un "Hércules Inca" valiente e intrépido, Cahuide, quien contuvo a los españoles, lanzándolos de las escaleras a medida que iban subiendo para tomarla. Su valor era tan grande y tanta la admiración de los contrarios por su denuedo, que Hernando Pizarro dio estrictas órdenes para que no lo mutilaran o hirieran. Querían subyugarlo, pero no matarlo. Los españoles apoyaron numerosas escaleras contra la to-

rre y atacaron simultáneamente a ese último guerrero inca. Mientras tanto, Hernando Pizarro, en voz alta, trataba de intimidar a Cahuide para que se rindiera, prometiéndole que su vida sería respetada. Pero el Hércules bronceado, sabiendo que todo estaba perdido, tomó un puñado de tierra —la frotó sobre su cara tragando algo de ella— y cubrió su cabeza con un manto y se lanzó de lo alto de la torre. Fue en ese momento, el de su auto-sacrificio, cuando la fortaleza fue finalmente tomada y los españoles consolidaron su conquista”.

La estatua de Cahuide que la guarnición levantó, miraba desafiante hacia el norte, en el borde de la frontera con Ecuador, donde en 1940, ambos países sostuvieron una guerra en la cual murieron soldados de ambos bandos.

Finalmente, nuestra canoa arribó al río Yaupi, un tributario pequeño, que desciende desde el Ecuador, y desemboca en los comienzos del río Santiago. Las aguas del río Yaupi son muy claras y permiten ver los peces nadando tranquilamente. *Siempre que piense en un paraíso —en mi otra vida—, será este río el lugar que desearé con todo mi corazón.*

Afortunadamente, nuestras horribles experiencias terminaron. Salvos y exhaustos, fuimos recibidos por los soldados y conforme subíamos hacia el fuerte, el centinela bajaba hacia nosotros, y al llegar, saludó a mi padre, el nuevo comandante de la guarnición de Cahuide, quien venía a reemplazar al oficial anterior, que había muerto.

Esa pequeña guarnición militar a la orilla del río Yaupi, tenía edificaciones grandes de madera. La primera era nuestra casa, construida sobre postes —también de madera— debido a las frecuentes crecidas de las aguas. Después, seguía el corral, y luego, venían un comedor grande y la cocina. Cerca estaba la cuadra para aproximadamente treinta soldados, y más allá, la estación del telégrafo. En esa guarnición no había electricidad ni agua potable; tampoco médicos, escuelas, ni radio. Todo lo que teníamos era la plenitud de la selva virgen y el río. Sin

embargo, esa guarnición nuestra era mejor que la de Vargas Guerra o la de Gueppi, consideradas más temidas porque eran más inaccesibles y en selvas más peligrosas.

Aunque vivíamos en la región más alejada de la selva amazónica, teníamos —nuevamente— el privilegio de ser servidos por toda la gente que estaba a nuestro alrededor: un cocinero, un enfermero —que era un sargento— y un ordenanza. El comedor era un lugar placentero, con muchas plantas colgantes. Estábamos rodeados de riachuelos, arbustos, árboles y habían pájaros de todos los colores, volando por el espacioso y abierto comedor. Era un lugar como el que muchos hoteles sofisticados hoy tratan de imitar para crear un ambiente de fantasía natural.

La pieza de mayor lujo que poseíamos, era un viejo refrigerador a gas. No funcionaba, pero su reparación era uno de los proyectos del teniente Guillén. Él trató de arreglarlo, pero sin resultado porque el aparato estaba corroído por la humedad del clima. *En la selva nada dura; sólo la naturaleza, y sólo mientras ésta está en la flor de su juventud.*

El teniente Guillén era un mecánico “bueno para todo”. Arreglaba múltiples cosas que necesitaban reparación; inspeccionaba todos los rifles y ametralladoras, así como el telégrafo. Se pasó días o meses poniendo las cosas en orden y a veces, tenía que esperar por semanas los repuestos que le llegaban en un avión de guerra, que acuatizaba en el río.

Finalmente, llegó el día en que el teniente debía regresar con el grupo que nos trajo a esta guarnición. Estábamos muy apenados porque habíamos pasado tantas peripecias juntos y llegamos a ser casi como una familia. Una triste mañana de aguacero, en la misma canoa en que casi perdimos la vida, él y la tripulación: el guía tanganero y los soldados, fueron río abajo por la tranquila corriente y nuestros ojos se llenaron de lágrimas, al ver el último vestigio de civilización alejarse del lugar. Él había sido como un maestro para mí, y me enseñaba cosas

como un abuelo. ¡El teniente Guillén sabía de todo! Por días estuvimos hablando sobre él y nos maravillábamos de todas las cosas que había reparado. Hasta le dejó a mi padre un encendedor de cigarrillos que fabricó usando rudimentarios desechos de metal. *Él y el guía tanganero, salvaron nuestras vidas con sus conocimientos de la selva y sus peligros.*

En esta guarnición, mi padre era la persona a quien todos acudían; aun para ejercer justicia entre las tribus. Pasaron días, meses y años, y pronto mis zapatos fueron comidos por el enmohecido y húmedo clima y por las agresivas hormigas que formaban ejércitos creando microcosmos de destrucción. La descripción de cada día podría definir la monotonía de todos los años que pasamos ahí. Las únicas interrupciones de esta rutina eran las catástrofes naturales y la muerte, que siempre estaba a nuestro lado. La guarnición era como una central de intercambio para todas las tribus circundantes, incluyendo a los agresivos jíbaros, que venían para negociar y visitarnos. Mi padre tenía que estar atento a las ubicaciones de estas personas. Aunque algunas tribus eran ecuatorianas y otras peruanas, ellos no tenían noción de fronteras, pero los soldados de ambos países sí, y sus obligaciones consistían en mantener los límites intactos.

En esos días, los límites entre Perú y Ecuador se mantenían estableciendo cuánto de la selva se había despejado y cuántos puestos militares se habían establecido. Ganar un pie en la selva era una tarea imposible que requería esfuerzo y atraía peligro para cualquiera. Muchos de los soldados eran tribeños, reclutados por sus habilidades particulares, tales como cazar, navegar los ríos, conocimiento del monte y experiencia en infiltración. Incluso, habían espías por ambos bandos en la frontera.

Las provisiones eran un problema constante. Nuestros mejores días de fiesta eran cuando un barco pequeño arribaba, vendiendo toda clase de artículos para sobrevivir, incluyendo pólvora, rifles, sal, ropas, clavos y comida enlatada. Visitar este pequeño barco fluvial, era como

ir a la más selecta tienda de una ciudad. El botetienda, representaba nuestro único contacto con la civilización.

Una vez nos quedamos sin recibir suministros por seis meses, debido al naufragio —en los rápidos— de un barco que hacía servicio regular de distribución de productos. Lo que más necesitábamos era sal, que en esa zona era tan valiosa como el oro (debido a su escasez, y en algunas partes de la selva podía ser negociada como ese metal). La falta de ésta, en ese clima caliente donde se transpiraba a caudales, podía percibirse constantemente. Nuestra necesidad orgánica de este producto químico era tan esencial, que la habríamos lamido directamente del suelo, si la hubiéramos encontrado en este terreno cubierto por estratos de hojas caídas durante milenios.

Los soldados acostumbraban ir a un lugar lejano y peligroso, donde había un arroyo de agua mineral, pero su contenido salino era muy bajo y el agua muy difícil de ser transportada. La solución era pulverizar escamas secas de pescado y esparcirlas encima de las comidas, como un sustituto del preciado producto.

Así vivimos por meses, hasta que algunos víveres nos fueron arrojados desde un avión. *¡Oh! Esas provisiones que nos soltaron desde el aire, fueron nuestra salvación.* Solíamos lamer esas barras de sal por horas, sin sentirnos satisfechos.

En Cahuide, fui incorporado a la rudimentaria medicina tropical. Las infecciones de los ojos, oídos y piel eran permanentes. Nuestro pasatiempo favorito era ir al río Yaupi, durante el caluroso día y nadar cuanto fuera posible. En la noche, después de haber nadado en estas aguas, despertaba con un dolor de oídos muy severo, que empeoraba con el estruendo de los truenos. No había médicos, ni medicinas. Los curanderos le dijeron a mi madre que pusiera orines descompuestos en mis oídos. Esa era la única curación disponible. Recuerdo que ambos oídos me supuraban y el dolor en las noches era peor que durante el día. Otros problemas constantes eran las infecciones en los ojos. Los

míos estaban llenos de pus y los mosquitos se daban un festín en ese líquido amarillo que copiosamente salía de mis ojos. No había antibióticos, y se nos terminaron las gotas para los ojos, que yo creía eran de yodo, porque olían como tal; pero, más tarde, supe que se trataba de nitrato de plata. El tratamiento final era uno que siempre recordaré. Dos o tres soldados sujetaban mis brazos y piernas, mientras mi madre apretaba un limón dejando caer en cada uno de mis ojos, dos o tres gotas de este jugo de esos ácidos frutos de la selva, que en esa zona se dan abundantemente.

Esa manera de curar, eventualmente erradicaba la infección de los ojos, pero el ardor era tan terrible, que fácilmente podía ser considerado como una tortura. Pienso que esas medicinas folklóricas curaban muchas enfermedades menores, pero no creo que sea puramente coincidencia que actualmente yo sea sordo del oído derecho.

Otra afección común que prevalecía en la selva era la parasitosis. Teníamos todos los parásitos y lombrices que habían en la selva. Una vez al mes, temprano —en la mañana— tomábamos “Tiro Seguro”, una horrorosa medicina oral contra toda clase de parásitos intestinales; era una poción que se ingería con el estómago vacío, en ayunas. ¡Tenía un sabor horrible!, Algo así entre ácido y amargo. Después de correr al baño todo el día, nuestras deposiciones eran como fideos, por la increíble cantidad de variadas especies de lombrices que podían distinguirse. Estoy seguro que sufríamos de amebiasis crónica y teníamos otros organismos microscópicos que ni siquiera sabíamos que existían.

Como no había leche, recibíamos calcio por vía intravenosa, una vez por semana. El enfermero, después de muchos intentos, introducía una aguja grande y gastada en nuestras venas. Calmadamente, inyectaba la clara solución, mientras observaba nuestras reacciones. Su guía para aminorar o detener el flujo de la enorme ampolla de calcio gluconato era ver que nos pusiéramos enrojecidos, mareados, y algunas veces, perdiéramos la conciencia. Es un milagro que ninguno de noso-

tros sufriera un paro cardíaco, considerando que uno de los efectos del calcio es actuar directamente en el corazón.

Sin embargo, esa peligrosa terapia de infusión directa de calcio fue —aparentemente— buena para mis dientes, puesto que todavía los tengo todos y son fuertes. Podría continuar mencionando la gama de enfermedades, es suficiente decir que sobrevivimos, porque quizás, éramos inmunes o resistentes a tantas enfermedades tropicales como la lepra y otras desconocidas y mortales.

Algunas veces teníamos que evacuar soldados heridos que necesitaban inmediata ayuda. Esto se hacía por medio de un avión de guerra P-47, que había sido adecuado para acuatizar sobre el río. Muchos de los soldados sufrían de mordeduras de serpientes, de huesos fracturados y enfermedades agudas. Las guarniciones perdían soldados a menudo, debido a enfermedades o a desertión. La llegada de esos magníficos aviones, fabricados en los Estados Unidos para la Segunda Guerra Mundial, era un entretenimiento para nosotros en la guarnición. Todos bajábamos a la orilla para admirarlos. Los pilotos nunca salían de sus cabinas. Se les veía muy indiferentes. Nos miraban como si fuéramos salvajes o seres inferiores. Los hombres enfermos eran acomodados como piezas de carga en el asiento de atrás y el avión partía rugiendo sus motores estruendosamente por el tranquilo Yaupi, que servía de aguas de despegue y acuatizaje, causando un caos entre las aves y otros animales, alrededor de esta selva virgen.

Las tribus vecinas estaban siempre muy intrigadas y a sus gentes nunca les parecía morir por causas naturales. Frecuentemente, ellos atribuían esas muertes a hechicerías, y en consecuencia, sus hombres estaban siempre guerreando para vengar la muerte de sus familiares.

Una vez se dio la orden de capturar a un tribeño, posiblemente un jíbaro, que era buscado durante mucho tiempo. Era temido por todos y se decía que había matado mucha gente y se hallaba prófugo. Fue apresado finalmente en la selva profunda por los soldados y llevado a la

guarnición. Se trataba de un hombre corpulento y semidesnudo, que tenía cabello negro y aplastado con una grasa roja y brillante. Su cara desfigurada y sus piernas hinchadas. Su cuerpo lleno de ampollas y nódulos. Todos huían de él, porque estaba leproso. Se le tenía atado a un árbol. Mi madre y yo le llevábamos comida y agua; rociábamos mercurio-cromo en sus piernas y se las untábamos con una crema ma-loliente que usaban los lugareños. Él actuaba humildemente y estaba agradecido hacia nosotros.

Mi padre hizo contacto con Iquitos, para transferir a este reo a la justicia. Recuerdo muy bien que la respuesta llegó por código Morse, cuando estábamos cenando en la penumbra de un ruidoso y semi-iluminado anochecer. El soldado leyó el mensaje, que —en clave— explicaba que el indígena selvático, debía ser fusilado inmediatamente; puesto que estaba acusado de muchos crímenes y había alto riesgo de que escapara. Mi madre empezó a llorar y nadie terminó lo que estaba comiendo.

Mi padre se sentía muy triste e incapaz de llevar a cabo esta sentencia, pero no podía desobedecerla. Sin embargo, envió más mensajes para evitar esta orden, por telégrafo, pero recibió la misma respuesta. El prisionero debía ser “fusilado” en cualquier lugar de Cahuide. Como ése era un mandato superior, se hizo así.

Recuerdo que el día de la ejecución fue fijado y nadie pudo cambiar la sentencia. Era temprano, en una mañana sin nubes, ni lluvia. Tres soldados llegaron para llevarse al prisionero con el pretexto de trasladarlo a otra guarnición. Después de un escaso desayuno que le dieron los soldados, porque nosotros no podíamos atenderlo, por ser incapaces de controlar nuestras emociones; el prisionero fue llevado al monte con las manos atadas atrás. Los soldados muy acongojados informaron al volver, que —a una corta distancia— le habían disparado por la espalda tres veces, y luego lanzaron su cuerpo al río. Ese día terminó como cualquier otro, pero yo creo que mi alma quedó endurecida para siempre *¡Esa era la justicia de la selva en aquellos días!*

Al otro lado del río Yaupi estaba la frontera con el Ecuador, que no tenía guarnición, ni soldados, por lo que podíamos cruzar en cualquier momento. Mi madre, mi tío y yo íbamos, con algunos soldados para colocar cruces y despejar la vegetación de las tumbas de los soldados caídos en el conflicto de 1940, que fueron enterrados en ese lugar y que probablemente eran peruanos o ecuatorianos. No habían símbolos religiosos o nombres; solamente espacios de tierra floja, cubriendo esqueletos cuya carne fue probablemente consumida por diferentes animales.

Pasó el tiempo y mi padre se volvió un cazador y comerciante de estas selvas. Coleccionaba gran cantidad de pieles de animales, como nutrias, jaguares y caimanes. Con el tiempo, esa valiosa mercadería llegó a llenar tres cuartos. Él acostumbraba ir de cacería por varios días, con soldados, guías y perros. A veces temíamos que hubiera perdido la vida, porque pasaba mucho tiempo monte adentro en mitaya, pero siempre volvía con carne fresca o ahumada y muchas pieles. A menudo nos traía animales pequeños recogidos después que sus padres eran cazados. Yo los cuidaba, pero nunca llegaban a ser buenas mascotas y por lo general, morían, por negarse a comer o por soledad. Recuerdo un añuje, que me regaló un huambisa. Este bello animal, huérfano, era muy salvaje y difícil de amansar y los tribeños me daban toda clase de consejos para domesticarlo. Un tiempo después, cuando ya el animalito se dejaba cargar y le acariciaba su suave pelaje, y yo me sentía feliz de tener un amigo, éste murió sorpresivamente en mis brazos. Creo que nunca se amansó —*simplemente se rindió y se dejó morir, para no luchar más*—.

Las familias de las tribus nos visitaban frecuentemente y comerciaban con nosotros. Cuando se les hablaba, ellos escupían en el suelo después de terminar una frase, para significar que estaban diciendo la verdad. Las madres llevaban a sus niños amamantándolos todo el tiempo. Ellas les sacaban los piojos y costras y se los comían, al igual como hacen los monos.

Había una rana que siempre estaba alrededor de la casa; era grande y la llamábamos “Maricacha”. Un día como de costumbre, ella salió de su escondite. Una madre selvática la vio; y rápidamente la cogió y la echó dentro de una canasta. ¡Pobre Maricacha! Su destino era ser comida. Nosotros tratamos de recuperar la rana, pero no la soltaron, porque la mujer tapaba la canasta con las manos. ¡Cuántas cosas pasaron en la selva! Pero ahora con tanta televisión y la destrucción de los grandes bosques tropicales, apenas hay historias que contar. Cuento las mías, porque a mí me ocurrieron. Estuve ahí. Esas experiencias moldearon mi alma en lo que soy ahora. Más importante aún, esas vivencias inolvidables, me dieron la visión de un gran contraste entre culturas de diferentes orígenes y regiones.

Como todo llega a su fin, un día tuvimos que dejar Cahuide. En el viaje de regreso recorreríamos aguas abajo, los ríos Yaupi, Santiago y Marañón, hasta llegar al Huallaga y continuar hacia Nauta, donde el Ucayali y el Marañón se juntan para formar el gran Amazonas, en su ruta a Iquitos.

Habíamos adquirido tal cantidad de pieles, que la única forma segura y posible de transportarlas era por balsa (una típica embarcación fluvial hecha de madera balsa y construida de tal forma que parecía una casa). Esto ya significaba otra expedición, descendiendo los traicioneros ríos, con más aventuras que contar, pero —en esos momentos— ya éramos más selváticos de lo que habíamos sido años atrás y estábamos más acostumbrados a los hábitos de la amenazadora selva y de sus increíbles y traicioneros ríos.